

9/179 - 9 cop.

1/9

**POLIFONIA
Y
ARGUMENTACION**

*Conferencias del seminario
Teoría de la Argumentación y Análisis del Discurso*

Universidad del Valle - Cali, 1988

Oswald Ducrot

1

La polifonía en lingüística

Esta primera conferencia estará dedicada a la noción de polifonía y en ella voy a tratar de mostrar de qué manera esta noción puede ser utilizada en lingüística. Originalmente la noción de polifonía se refiere a una clase de composición musical en la cual se superponen diferentes partituras. Hace unos cincuenta años el teórico de la literatura Michel Bakhtine empleó esta metáfora de la polifonía para oponer y caracterizar dos formas de literatura. Bakhtine llama *dogmática* a una literatura en la cual se expresan bien sea una sola voz, la del autor (en el caso de una exposición teórica, de un ensayo), o bien varios personajes que de alguna manera son juzgados por el autor, de tal suerte que a cada momento el lector escucha la voz del autor decir lo que debe pensar de tal o cual personaje. Para Bakhtine el prototipo de literatura dogmática es la novela de Tolstoi. Por el contrario, en la literatura que él califica de *popular*, *polifónica* o aun *carnavalesca*, existen varios personajes que se presentan por sí mismos, como las máscaras del carnaval. No son juzgados por el autor y el sentido global de la novela o de la obra resulta sencillamente de la confrontación de esos personajes, sin que el autor dé a entender su propio punto de vista. El mejor ejemplo de literatura polifónica es, según Bakhtine, la obra de Dostoiévski.

He querido adaptar la noción de polifonía al análisis propiamente lingüístico de esos pequeños segmentos de discurso que llamamos enunciados. Intentaré mostrar que el autor de un enunciado no se expresa nunca directamente, sino que pone en escena en el mismo enunciado un cierto número de personajes. El sentido del enunciado nace de la confrontación de esos diferentes sujetos: el sentido del enunciado no es más que el resultado de las diferentes voces que allí aparecen.

Para desarrollar esta idea voy a discutir primero la concepción que ha predominado en lingüística hasta hace algunos años. El axioma que debo poner en tela de juicio es el de la *unicidad del sujeto hablante*. Según este postulado detrás de cada enunciado habría una y solamente una persona que habla. Todos tenemos espontáneamente esta creencia de la unicidad y los lingüistas la utilizan cuando hablan del sujeto hablante, del locutor, del speaker, etc., dando por sentado que en el enunciado se expresa una sola persona. Por mi parte pienso que esa unicidad del sujeto hablante es mucho menos evidente de lo que habitualmente se piensa; en todo caso me parece que acarrea muchas dificultades. Para resolverlas he construido una *teoría polifónica de la enunciaci3n*, según la cual en un mismo enunciado hay presentes varios sujetos con status lingüísticos diferentes.

Comenzaré pues por analizar esta idea de sujeto hablante y mostraré que ella remite a varias funciones muy diferentes: a la de *sujeto empírico*, a la de *locutor*, a la de *enunciador*.

El sujeto empírico SE es el autor efectivo, el productor del enunciado. Pero determinar quién es el autor efectivo de un enunciado es mucho menos fácil de lo que podría creerse. Imaginemos un enunciado en una circular administrativa, ¿a quién voy a considerar como productor de este enunciado: a la secretaria, al funcionario que dictó la circular, al funcionario de grado superior que tomó las decisiones que allí se anuncian? Veamos otro ejemplo. Los sociólogos han mostrado que nuestras palabras son en gran parte la simple reproducción de discursos ya escuchados o leídos. Cuando me contento con repetir ¿quién es el SE? no hay que creer que la repetición

es un caso patológico, es lo que sucede comúnmente. Podemos decir que todos nuestros discursos son repetición. No solamente lo que estoy diciendo en este momento es la repetición de otras conferencias que he dictado en otras partes, a su vez repetición de cosas que ya he dicho antes o leído en otro lugar, sino que en la conversación cotidiana la mayoría de las veces no hacemos más que repetir cosas que hemos escuchado. Cuando oigo hablar a la gente en el metro de París me doy cuenta de que lo que dicen es con frecuencia la repetición de titulares de los diarios que he leído por la mañana y que puedo identificar. Por ejemplo puedo decir: esto es de *Le Monde*, de *Le Figaro*, de *Le Parisien* o de *L'Equipe*. Por otra parte, cuando en una obra de teatro un actor habla, ¿a quién vamos a señalar como el productor de los enunciados articulados por el actor: al actor, al autor, al director o al personaje que el actor representa?

A decir verdad es una cuestión que como lingüista no me interesa mucho: la determinación del SE no es un problema lingüístico. El lingüista y en particular el lingüista semantista debe preocuparse por el sentido del enunciado, es decir debe describir lo que *dice* el enunciado, lo que éste aporta. De manera que lo que le interesa es lo que está en el enunciado y no las condiciones externas de su producción. El problema (importante) de la determinación del SE es más bien preocupación de los sociolingüistas o los sicolingüistas, que se formulan preguntas como ¿por qué el señor X dijo lo que dijo? Lo que a mí me interesa es sencillamente lo que dijo el señor X.

Veamos ahora la función del locutor L. Para mí el locutor es el *presunto responsable* del enunciado, es decir la persona a quien se le atribuye la responsabilidad de la enunciaci3n *en el enunciado mismo*. La mayoría de los enunciados dicen quién es su autor: a este autor, inscrito en el sentido mismo del enunciado, lo llamo locutor. El locutor tiene marcas en el enunciado mismo: las de la primera persona (*yo, mi, me*, etc.) y en cierta medida, *ahí, ahora*... Si para hablar de mí simplemente diera mi nombre propio, el problema del locutor no sería lingüístico pues no habría marca en el enunciado que "denunciara" al locutor.

El locutor puede ser totalmente diferente del SE, a menudo es un personaje ficticio a quien el enunciado atribuye la responsabilidad de su enunciación. Reflexionemos un momento sobre la expresión francesa *De quoi je me mêle?*¹⁾ Supongamos que acabo de sorprender a uno de ustedes mirando el contenido de mi billetera y que para censurar su curiosidad yo le diga "De quoi je me mêle?" ¿Quién es designado por la palabra "je" en esta expresión? Con toda seguridad el "je" no me designa a mí, O. Ducrot, sino más bien al personaje curioso a quien hago el reproche: le hago la pregunta que él hubiera debido hacerse antes de revisar mi billetera, o que él debería hacerse después de haberla escudado, acción que debería producirle gran vergüenza. Así, en este enunciado el "je" designa a la persona a quien me dirijo, marca un locutor diferente del SE.

Esta distinción L/SE permite por otra parte conceder la palabra a seres que son incapaces de hablar. A veces nos encontramos en la calle canecas de basura con la leyenda *N'aide en utilisantme*. El "me" remite a la caneca, que por supuesto no es el SE y que sin embargo es presentada como el locutor: en este enunciado una caneca habla y se ofrece generosamente para recibir los desechos que arrojan los peatones. Veamos otro ejemplo del mismo tipo. En las puertas de los almacenes alemanes con frecuencia se ve la inscripción *Ich muss draussen bleiben* (No debo entrar). En la parte superior hay un dibujo que muestra una pequeña cabeza de un perro. Al ver esto los perros alemanes, con la disciplina que los caracteriza, permanecen juiciosamente afuera. ¿Quién es aquí el SE?, quizás el comerciante o el alcalde de la ciudad; no obstante, este enunciado hace hablar un perro. Menos prosaicamente, Rimbaud hace hablar su *Barco Ebrio*: "Cuando descendía por los ríos impenetrables..."

1. La traducción literal en español de esta expresión sería: "¿En qué me meto yo?", pero la expresión española no tiene o raramente tiene, el empleo que analizo aquí.

Una última observación sobre esta función de locutor: es posible fabricar enunciados que no tienen L, mientras que salvo un milagro un enunciado siempre tiene un SE. Benveniste decía que estos enunciados, llamados a veces impersonales, tienen que ver con la *historia*, en oposición a enunciados donde está marcado el locutor y que pertenecen al *discurso*. Por ejemplo un proverbio es esencialmente un enunciado sin locutor. Cuando hablamos con proverbios, es precisamente para favorecer la interpretación según la cual el responsable de lo que decimos sería completamente ajeno a la situación de discurso en la que nos encontramos. Supongamos que por querer reprochar a alguien el hecho de incitar a otro al desorden, le diga "Quien siembra vientos recoge tempestades". Al utilizar este enunciado impersonal busco que mi palabra no aparezca como proveniente de mí, individuo particular, sino que me gustaría que pareciera como salida de una sabiduría situada más allá de cualquier subjetividad individual.

La misma intención lleva a ciertos hombres políticos a designarse ellos mismos, no con el pronombre *yo* sino con su nombre propio. Es lo que hace César cuando relata la Guerra de las Galias; y el general De Gaulle en algunas circunstancias particulares que él quería dramatizar no decía *yo* sino De Gaulle o El general De Gaulle, como en efecto lo hace en uno de sus discursos: "Nadie puede suponer que De Gaulle abandonará los intereses de Francia". Nos damos cuenta muy bien de las razones de esta estrategia. Cualquiera hubiera podido decir "Nadie puede suponer que abandonaré los intereses de Francia", enunciación que aparecería como una especie de compromiso personal. Pero al quitar cualquier marca de origen personal a su enunciación, De Gaulle la hacía aparecer como si fuera responsabilidad de la Historia y no de él.

Paso ahora a la tercera función, la de *enunciador* E. Voy a admitir —y es una de las grandes ideas de la lingüística contemporánea, sobre todo francesa (cf. por ejemplo *Espaces mentaux* de Gilles Fauconnier y *Langage et croyance* de Robert Martin)— que todo enunciado presenta un cierto número de puntos de vista relativos a las situaciones de las que se habla (esos puntos

• de vista son llamados "espacios mentales" por Fauconnier y "universos de creencia" por Martin). Describir el sentido de un enunciado consiste, a mi juicio, entre otras cosas, en responder a diversas preguntas: ¿el enunciado contiene la función locutor?, ¿a quién se le atribuye esta función?, ¿a quién se asimila el locutor?, ¿cuáles son los diferentes puntos de vista expresados, es decir cuáles son las diferentes funciones de enunciador presentes en el enunciado?, ¿a quién se atribuyen eventualmente estas funciones?

Llamo enunciadores a los orígenes de los diferentes puntos de vista que se presentan en el enunciado. No son personas sino "puntos de perspectiva" abstractos. El locutor mismo puede ser identificado con algunos de estos enunciadores, pero en la mayoría de los casos los presenta guardando cierta distancia frente a ellos. Voy a explicitar estas dos funciones mediante dos ejemplos: el del humor y el de la negación.

Primero definiré la noción de humor. Pero antes quisiera llamar la atención sobre un punto. Algunos de ustedes después de escuchar la definición podrán pensar: conozco este o aquel ejemplo de humor que no cabe en absoluto en esa definición. Esta clase de observaciones no constituye propiamente una objeción porque yo no estoy haciendo lexicología, no trato de definir el sentido de la palabra humor. Mi trabajo es extraer un concepto general, a mi parecer útil en la descripción del habla, y que he elegido llamar humor porque creo que tiene alguna relación con lo que en la vida cotidiana llamamos humor, pero pueden existir divergencias.

Por definición califico de humorístico un enunciado que cumple las tres condiciones siguientes:

1. Entre los puntos de vista representados en el enunciado, por lo menos hay uno que obviamente es absurdo, insostenible (en sí mismo o en el contexto).
2. El punto de vista absurdo no es atribuido al locutor.
3. En el enunciado no se expresa ningún punto de vista opuesto al punto de vista absurdo (no es rectificado por ningún enunciador). Entre los enunciados humorísticos llamaré

"irónicos" aquellos en que el punto de vista absurdo es atribuido a un personaje determinado, que se busca ridiculizar.

Ilustraré esta definición con una pequeña historia. Ocorre en un restaurante de lujo en París. En una mesa se encuentra un cliente y como única compañía tiene a sus pies un perrito teckel. El dueño del restaurante creyéndose obligado a entablar conversación con el solitario cliente, le dirige la palabra: "Supongo señor que usted aprecia la excelencia de la comida que hasta el momento le hemos servido. ¿Sabe? Nuestro cocinero es el antiguo chef del rey de Suecia". El cliente no responde, el dueño continúa: "Veo que escogió usted un vino de excelente calidad, como todos los que selecciona nuestro catador; es que tuve la suerte de poder contratar al antiguo catador de la reina de Inglaterra". Tampoco responde. Sin desanimarse el dueño continúa: "Vea, si nuestros camareros son tan precisos, discretos, limpios, rápidos, es porque nuestro jefe de comedor estuvo al servicio del rey de España". El cliente permanece mudo; el dueño comprende que es prudente cambiar de conversación y señalando al perrito exclama: "Oh señor, usted tiene un precioso teckel". Inmediatamente el cliente le responde: "Mi teckel, señor, es un antiguo San Bernardo".

En este último enunciado tenemos claramente un locutor, marcado por el adjetivo *mi*: es el cliente. Hay en primer lugar un punto de vista obviamente absurdo según el cual el teckel sería un antiguo San Bernardo. La segunda condición se satisface igualmente, pues este punto de vista no es atribuido al locutor sino al dueño del restaurante. La respuesta del cliente significa: "hablando según su lógica, tan cierto como que su catador es un antiguo catador de la reina de Inglaterra, mi teckel es un antiguo San Bernardo". Finalmente, según la tercera condición no hay ninguna rectificación del enunciado absurdo. Tenemos pues un enunciado humorístico que puede calificarse incluso de irónico por cuanto está destinado a atacar a una persona: aquella a quien se le atribuye el punto de vista absurdo.

Un lingüista preocupado por mantener la pureza de su

nas presentado por el locutor: sabemos que el locutor no comparte ese punto de vista pero no lo corrige.

Voy a estudiar ahora algunos fenómenos lingüísticos que esté análisis pone en claro. En primer lugar analizaré algunos empleos de la locución adverbial *au contraire* (por el contrario). Consideramos la frase *Pierre n'est pas venu; au contraire, il est resté chez lui* (Pedro no vino; por el contrario, se quedó en casa). El primer segmento "Pedro no vino" presenta según mi análisis, dos puntos de vista: uno positivo según el cual Pedro vino y otro punto de vista que rechaza el anterior. Ahora, cómo explicar que las dos proposiciones "Pedro no vino" y "se quedó en casa", están ligadas por "por el contrario"? Estas proposiciones no son en absoluto contrarias e incluso el hecho de que Pedro se haya quedado en casa implica que no haya venido. Me parece que las cosas ocurren así: al decir "por el contrario, se quedó en casa", extraigo del primer segmento de la frase el punto de vista del enunciador positivo E_1 al cual me opongo. Así, este extraño "por el contrario", da cuenta de la presencia de un enunciador positivo.

Un segundo tipo de argumento se refiere a lo que llamamos pronombres anafóricos, o sea aquellos que en el discurso remiten a segmentos anteriores. El ejemplo que acabo de analizar podría ampliarlo diciendo: *Pierre n'est pas venu; au contraire, il est resté chez lui et je le regrette* (Pedro no vino, por el contrario, se quedó en casa y lo lamento) ¿A qué se refiere el *le(lo)*? ¿Qué es *lo* que lamento? Por supuesto que es la no-venida de Pedro. Aquí el *lo* remite claramente al punto de vista del enunciador negativo E_2 . Pero podemos imaginar otra continuación: *Pierre n'est pas venu; au contraire, il est resté chez lui. Domage, ça m'aurait fait plaisir* (Pedro no vino, por el contrario se quedó en casa. ¡Lástima! eso me hubiera complacido). Esta vez el *ça* (eso) remite al elemento positivo. Y las dos secuencias podrían incluso concatenarse: *Pierre n'est*

* Se trata de una traducción literal pues en español la utilización del pronombre anafórico "eso" no es muy frecuente en este caso, (N de T).

pas venu; au contraire, il est resté chez lui, je le regrette, car ça m'aurait fait plaisir (Pedro no vino; por el contrario se quedó en casa. Lo lamento pues eso me hubiera complacido).

Veamos otro ejemplo, extraído de un periódico, sobre el tema de la guerrilla que se persigue en Filipinas. El autor del artículo escribía *Ninguna potencia extranjera (pienso en la URSS) sostiene a los guerrilleros*. Hay en efecto algo extraordinario en este enunciado: puesto que ninguna potencia sostiene a los guerrilleros, ¿por qué pensaría el periodista particularmente en la URSS? Para entender este paréntesis sobre la URSS, resulta conveniente analizar la proposición negativa "Ninguna potencia extranjera sostiene a los guerrilleros" como presentación de dos puntos de vista. Un E_1 positivo: [Hay una potencia extranjera que sostiene a los guerrilleros] y un E_2 que rechaza el E_1 . Por supuesto que "pienso en la URSS" remite a E_1 , quizás el punto de vista del periodista, hace algún tiempo.

Diré pues que el enunciado negativo es una especie de pequeña obra de teatro con dos personajes a quienes llamo enunciadores. El enunciado presenta, a pesar de su apariencia monológica, un diálogo cristalizado. He dicho que el enunciador E_2 generalmente se asimila al locutor, lo que no ocurre con el enunciador E_1 , que puede ser asimilado a cualquiera, menos al locutor. Es lo que explica los malentendidos que con frecuencia se originan en los enunciados negativos. Sucede que el destinatario cree haber sido asimilado a E_1 : cree pues que se le ha atribuido un punto de vista falso, por lo cual el destinatario puede responder con agresividad: "Pero yo nunca creí que Pedro vendría". El primer locutor a su vez puede replicar de manera agresiva, puede negar haber asimilado E_1 al destinatario y decir entonces: "Nunca dije que tú lo habías creído, es Juan quien lo cree, ¿por qué supones siempre que hablamos de ti?" Todas estas estrategias conversacionales se explican bien si se admite la concepción polifónica de la negación: este concepto muestra todo lo que hay de indeterminado en la negación y las maniobras que permite esta indeterminación.

7

disciplina podría objetarme que el humor y la ironía no tienen que ver propiamente con la lingüística, que no son otra cosa que utilizaciones particulares de la lengua que no deben intervenir en una descripción general (como si bajo el pretexto de que la gente miente, se hiciera intervenir la noción de mentira en la descripción de la lengua). Veamos dos elementos de respuesta a una objeción de este género.

En primer lugar, si bien es cierto que la ironía y el humor no pertenecen a la lengua y son simplemente utilizaciones de la lengua, también es cierto que en todas ellas se puede expresar el humor y la ironía: es un fenómeno universal. Me parece necesario entonces incluir en los conceptos generales utilizados para describir la significación lingüística, nociones que prevean la posibilidad de estas utilizaciones humorísticas o irónicas. Una descripción de la lengua que no previera esas posibilidades, sería una descripción bastante incompleta. Ahora bien, mi distinción L/E, tiene entre otras ventajas la de permitir describir lo que sucede en casos como el del humor o la ironía.

Por otra parte la mayoría de las lenguas posee expresiones especializadas en la ironía. Tomemos por ejemplo la expresión francesa *c'est du joli!**. Pienso que en ningún caso esta expresión puede utilizarse para hacer un elogio, está destinada a la crítica. Sin embargo en esta expresión se afirma que la acción de la que se habla es "bonita" en un sentido favorable del término. ¿Cómo podemos captar esto? Supongamos que alguien le diga a usted, para reprocharle algo: "*c'est du joli!*", y que usted intente defenderse; en este caso puede muy bien revirar diciendo "claro que sí". Cuando usted dice "sí" está extrayendo de "*c'est du joli!*", enunciado globalmente desfavorable, un punto de vista favorable que le parece justo, así el locutor se haya distanciado de ese punto de vista.

La expresión *c'est du joli!* presenta pues un enunciador que hace una apreciación favorable de la acción, y lo hace con la

idea de que en esta situación tal apreciación es por supuesto absurda. El locutor no se identifica con el enunciador favorable y es esta ausencia de identificación la que crea el sentimiento de una crítica en su totalidad desfavorable. Las tres condiciones del humor se cumplen. La expresión *c'est du joli!* pertenece a la lengua misma; quien no la entienda como una crítica tiene un vacío en su propio conocimiento de la lengua francesa. Por lo tanto el humor es también un fenómeno lingüístico que las teorías lingüísticas deben permitir comprender.

Pasemos ahora a la negación. Para Freud la negación es un compromiso operado por el yo (mi personalidad) entre las pulsiones del ello (la libido) y la censura del super-yo. En otras palabras, cuando alguien enuncia una frase negativa no-P, en su enunciado se expresan dos voces: la de la libido que se expresa a través del acto P y la del super-yo que se expresa a través del rechazo llegado al morfema negativo no. Y la negación, según Freud, es un truco inventado por el yo para poder satisfacer a la vez a la libido y a un super-yo más o menos moral: la negación permite decir cosas y al mismo tiempo censurarlas, complaciendo así a todo el mundo. Un axioma freudiano incluso afirma que la libido no lleva consigo ninguna negación, que es puramente positiva (con algunos pequeños problemas sin embargo, planteados por el insinuo de muerte). No me siento obligado a tomar partido sobre el valor psicológico de esta tesis de Freud, pero quisiera presentar una concepción lingüística de la negación que se inspira en ella. Diré que en un enunciado negativo no-P, hay por lo menos dos enunciadores: un primer enunciador E₁ que expresa el punto de vista representado por P, y un segundo enunciador E₂ que presenta un rechazo de ese punto de vista. Un enunciado negativo es pues una especie de diálogo entre dos enunciadores que se oponen el uno al otro. Ya verán ustedes las diferencias y semejanzas entre el humor y la negación. En los dos casos, un enunciador dice algo que desde el punto de vista del locutor no es admisible. Pero en la negación hay un enunciador de más para rechazar este punto de vista inadmisibles, mientras que en el humor el enunciador es ape-

* La expresión equivalente en español es ¡Ajá, muy bonito! (N de T)

Un último ejemplo se refiere a la expresión francesa *pour autant*. Sea la frase *Pierre est riche; il n'est pas pour autant heureux*. (Pedro es rico pero no por esto es feliz). Dos hechos impactan respecto de la expresión *pour autant*: primero, sólo funciona en contexto negativo (algo así como la expresión "mover un dedo para ayudar a alguien"); y segundo, hasta el siglo XVI el sentido de "pour autant" era el de la conjunción "donc" (entonces). El análisis que propongo permite dar cuenta de estos dos hechos: *il n'est pas pour autant heureux* (no por esto es feliz) presenta dos enunciadores. Un primer enunciador E_1 dice *donc il est heureux* (entonces es feliz), apoyándose en la creencia común según la cual la riqueza da felicidad; un segundo enunciador E_2 rechaza este punto de vista y especialmente la utilización del "donc". Así el "pour autant" es el "donc" de un enunciador cuyo punto de vista es rechazado, tal como el *C'est du joli!* es la apreciación favorable de un enunciador con quien el locutor no se identificará.

Con frecuencia se hace la siguiente objeción a la teoría polifónica de la enunciación. Se me ha dicho que hay una manera más sencilla para dar cuenta de la presencia del elemento positivo P en la negación no-P (Robert Martin por ejemplo ha desarrollado esta idea). Basta con aplicar al caso particular de la negación, la regla general según la cual todo enunciado positivo o negativo, sobreentiende (o "implica" en el sentido de Grice) la posibilidad de un enunciado contradictorio, lo que podría esquematizarse mediante la fórmula:

$$X \rightarrow \text{No-X es posible}$$

Cuando X es negativo, es decir cuando $X = \text{No-P}$, la regla da como resultado:

$$\text{No-P} \rightarrow \text{No-No-P es posible}$$

Eliminando la doble negación obtenemos:

$$\text{No-P} \rightarrow P \text{ es posible}$$

Para entender la presencia de P en No-P sería inútil, según R. Martin, suponer un enunciador positivo en P. Basta con decir que No-P, como todo enunciado, sobreentiende la posibilidad de su contrario.

Puedo dar dos respuestas a esta objeción: la primera es que ella no explica los casos de anáfora que he presentado en esta misma conferencia. Consideremos en efecto el diálogo siguiente:

A: Pierre n'est pas venu (Pedro no vino).

B: Dommage, ça m'aurait fait plaisir. (Lástima, eso me hubiera gustado).*

Supongamos ahora que el pronombre anafórico "ça" empleado por B se explica por el hecho de que el enunciado de A evoca una posible venida de Pedro, a la cual se refiere el pronombre "ça". En ese caso deberíamos tener también el diálogo siguiente, que me parece inconcebible:

A': Pierre est venu (Pedro vino).

B': Dommage, ça m'aurait fait plaisir (Lástima, eso me hubiera gustado).

En este diálogo, el "ça" de B' se referiría a la no-venida de Pedro, cuya posibilidad, si la objeción es exacta, es evocada por el enunciado de A' en virtud de la misma regla que lleva el enunciado de A a evocar la venida de Pedro. Si *solamente* es concebible el primer diálogo, es porque la presencia de lo positivo en el enunciado negativo es muy diferente de la presencia de lo negativo en el enunciado positivo. Me parece pues razonable imaginar para el enunciado negativo una explicación de tipo polifónico, que sería específica de la negación y no tendría relación con la regla general $X \rightarrow \text{No-X es posible}$.

Mi segunda respuesta se apoya en un ejemplo construido por G. Fauconnier. Imaginemos que una madre de familia deja solos en el apartamiento a sus hijos pequeños para ir de compras. Al regresar nota que hay un florero quebrado por lo cual reprende a los niños, quienes fingen ser inocentes. La madre les dice entonces: *ce n'est pourtant pas moi qui l'ai cassé* (Sin embargo no he sido yo quien lo quebró). En Francia había en otro tiempo una expresión especializada para este

* Cf. nota página 24 (N de T).

tipo de reproches: "Ce n'est pas le Saint Esprit qui l'a fait" (No fue el Espíritu Santo quien lo hizo).

Analizado a la manera de R. Martin, el enunciado de la madre daría a entender "Es posible que haya sido yo quien rompió el florero". Pero precisamente toda la argumentación de la madre se basa en la idea de que eso es imposible y que, por lo tanto, los niños son necesariamente los culpables. Me parece que un análisis polifónico da mejor cuenta de esta estrategia. El enunciado de la madre, de acuerdo con mi teoría de la negación, pone en escena un enunciador positivo E_1 cuyo punto de vista, absurdo en esta situación, dice que la madre rompió el florero. Y la madre identifica ese enunciador absurdo con sus hijos: con esto les demuestra que el único argumento de ellos para defenderse sería decir algo claramente inaceptable. La negación es utilizada aquí, como sucede con frecuencia en el discurso polémico, para atribuir al adversario una posición imposible de legítimar y es la polifonía interna a la negación la que lo permite.

(N.B. Este ejemplo muestra la semejanza entre la negación y la ironía. La madre hubiera podido también decir, en tono irónico y cambiando el *pourant* por un *alors*: "Alors c'est moi qui l'ai cassé". (Entonces he sido yo quien lo rompió). Notemos que ella también hubiera podido utilizar una expresión de "polaridad irónica" y decir "Alors, c'est le Saint Esprit qui l'a cassé" (Entonces fue el Espíritu Santo quien lo rompió), expresión que de acuerdo con su propia estructura lingüística debe *necesariamente* ser entendida como irónica. Para explicar la sustitución de *alors* por *pourant* hay que decir que en el enunciado irónico, que tiene un solo enunciador, *alors* pertenece al punto de vista absurdo (E_1 = "entonces fue el Espíritu Santo..."). En el enunciado negativo, por el contrario, *pourant* (sin embargo) pertenece al punto de vista E_2 . Así E_1 = "es la madre quien..." y E_2 = "sin embargo hay que rechazar a E_1 ").

De lo que acabo de decir quisiera sacar una conclusión un poco más general. Voy a admitir que existen dos grandes maneras de comunicarse: una *seria* y otra *no-seria*. Hay comu-

nicación seria cuando el locutor se asimila a uno de los enunciadores, es decir cuando elige un enunciador como su portavoz. En otras palabras, el locutor pone en escena una pequeña comedia y aprovecha para decir: uno de los personajes que he puesto en escena soy yo. Por ejemplo en la negación, hay un elemento de comunicación seria puesto que habitualmente el locutor se identifica con el enunciador negativo.

El segundo modo de comunicación, la comunicación no-seria, se basa en la simple presentación de los enunciadores, presentación que es vista como significativa por sí misma. El humor ofrece una perfecta ilustración. Cuando el cliente del restaurante dice: mi teckel es un antiguo San Bernardo, le significa al dueño del restaurante el carácter absurdo de sus propósitos, al presentarle un enunciador absurdo que le es asimilado. Es este simple hecho el que produce la comunicación, en este caso la burla. La simetría entre serio y no-serio no es total. Pienso que no hay enunciado que sea completamente serio. Para mí todo enunciado tiene que ver a priori con una comunicación no-seria, que es fundamento de toda comunicación; además puede tener que ver también con la comunicación seria.

Cuando digo *Pedro no vino*, no solamente me asimilo a la persona que niega la venida de Pedro, sino que al mismo tiempo presento un enunciador E_1 según el cual Pedro vino o habría podido venir; de ahí que pueda criticar a Juan al asimilarlo a E_1 y reprocharle el haber creído o haberme hecho creer en la venida de Pedro. El hecho de presentar un enunciador, aun si se critica su punto de vista, puede pues tener significación.

En conclusión diré que aun si la comunicación seria es la más útil para un cierto número de actividades humanas, no hay que tomarla como el prototipo de la lengua: eso es lo que muestra mi distinción locutor/enunciadores. Muestra, en otras palabras, que la comunicación no-seria está subyacente en toda comunicación humana.